

ESCRITORES DESCONOCIDOS Y AUTORES OLVIDADOS

ALEJANDRO MERCEREAU

En 1923, A. Mercereau publicó un folleto curiosísimo, historiando la célebre asociación «L'Abbaye», compuesta de unos cuantos escritores franceses, que se retiraron a hacer vida en común en la antigua Abadía de Créteil, contando sólo para sostenerse, con los recursos de una modesta editorial, con su imprenta. Mercereau, fué uno de sus fundadores y el último en abandonar «L'Abbaye».

Cuantos escritores tomaron parte en tal intento, lograron atraerse la atención de las gentes que escriben. Algunos de ellos consiguieron alguna celebridad, puesto que de «L'Abaye» surgió una nueva escuela literaria: el unamismo, cuya figura principal fué Jules Romains con Georges Duhamel y Charles Vildrac, escritores célebres hoy.

La nombradía de éstos ha eclipsado el recuerdo de los demás, poseedores también de muy significativas cualidades literarias.

Entre los olvidados, o poco menos, se cuenta a Alejandro Mercereau.

Sin embargo, es un gran poeta (principalmente en prosa); un poeta delicado y fuerte.

Como cuentista (y todos sus cuentos son poemas), Mercereau puede ostentar con orgullo un notable parentesco con Maupassant, el maestro indiscutible de este género literario. Son sus cuentos modelos de ironía, de penetración, de amargura, de emoción contenida. Algunos de ellos pueden pasar por obras maestras.

A la observación minuciosa y trabajada se une el primor y la sencillez del estilo, la honda significación de la forma y del fondo. Preñados de humanismo, la ironía penetrante se resuelve en una amargura estremecida.

La fama merecida de algunos de sus compañeros en el intento de vida en común, ha dado por resultado que pase poco menos que desapercibida su obra. En Francia se conoce bien poco. En el extranjero, menos. No obstante, es obra de valía señalada. Por muchas razones, digna de estudio y estimación. Por multitud de causas, la primera y principal, por ser acaso en Francia el único que sigue con medios modernos la ruta emprendida por Maupassant, que es ruta de significación duradera. Ahondar en la psicología de los hombres, intentar descubrir los escondrijos del mecanismo de los actos humanos, describir las fealdades que se hallan trabajando en ese terreno tan misterioso, es tarea de un valor imponderable. Mercereau no cesa desde sus primeros tiempos

de escritor en esta faena tan penosa. Cosecha en ella, para sus lectores, escritos penetrantes, amargos, pero llenos del encanto que tienen las cosas sin brillo externo, mas con fuertes matices de intimidad.

Ofrecemos al lector uno de los más amargos cuentos que este fuerte escritor publicó en su obra «Pensées choisies».

LA VIEJA

Vos, madre, habéis sido siempre buena para mi. Era vuestro deber, pues yo era vuestra hija. Es preciso que hoy completéis vuestra obra. Sóis una mujer honrada y de todas prendas, pero nosotros no somos como la gente de vuestro tiempo. Sóis buena, pero no tenéis educación, os falta el trato de gentes. No es vuestra la culpa. Hoy tenemos convidados a cenar. Francamente, no puede ser que os sentéis a la mesa con vuestro gorrillo, con vuestras manos de campesina y con ese jubón que hace reír. ¿Verdad que ya lo comprendéis?

Los invitados que tenemos son de nuestro rango y vos ya no lo sóis. Por una vez habréis de comer en la cocina con los criados. Os digo por una vez; no os váis a morir, por eso.

Ahora, no creáis que ya no os queremos, madre. Os queremos lo mismo.

Una vez comisteis en la cocina. ¿Qué más da? Tanto es comer allí como en otro sitio. Sóis muy buena y nosotros os queremos mucho. Pero no sóis de nuestro rango y nuestros gustos, complicados y señoriales, violentarán los vuestros, rústicos y sencillos.

De hoy en adelante, y os lo estimaremos más, comeréis en la cocina.

Aquí, en el comedor, nos veríamos precisados a hacer os observaciones. Sóis una mujer honrada, pero no sabéis guardar en la mesa la debida compostura, entre gente que no es de vuestro rango. Os repugnan nuestras costumbres refinadas y, además, dáis un mal ejemplo a nuestros hijos.

Allí, entre los criados, tendréis más libertad.

Oid, abuela. Hoy tenemos visitas. No os acerquéis a la sala. No estéis tampoco en el piso, porque vendrán niños que son de nuestro rango y vos ya no lo sóis. Los niños, ya lo sabéis, lo corren todo. Vos sóis una buena mujer, pero no está bien que os vean; les causaríais mal efecto.

Vos nos habéis hecho educar.

No os lo echo en cara, no, porque esto nos hace ganar dinero. Una razón más

para que os queramos mucho; pero, ¿sabéis? nosotros hemos de conservar nuestro rango; hemos de colocarnos en el lugar que nos corresponde. Podéis pasar el día en la cocina o en la iglesia. Un día pasa en seguida. ¡No os moriréis, por una vez!

Si el tiempo os parece largo, podéis distraeros en mil ocupaciones. Podéis ayudar a Bautista a limpiar los muebles, o a la María a fregar los platos, o a la cocinera a preparar las viandas. Pero, ante todo, os laváis bien las manos antes, no porque las tengáis sucias, sino porque lo parecen. En verdad, que os las habéis estropeado! Y arregláos esos pelos; que sería muy desagradable encontrar uno en la sopa.

Aún podríais zurcir medias y calcetines.

¿Comprendéis, mujer?

Hemos cambiado el servicio. Los nuevos criados no han de saber para nada que sóis mi madre. Seréis mi ama de cría. Nosotros os queremos mucho; os lo aseguro. Por eso os pedimos un pequeño sacrificio, que no tiene importancia.

Sóis una mujer honrada y de todas prendas; pero no sóis de nuestro rango. Nosotros no podemos movernos de nuestro sitio, y adquiriríamos mala fama si os dejáramos tratar a nuestras amistades, pues no os sabéis conducir correctamente.

Nuestras cosas no os divierten.

Mucho mejor estaréis en la iglesia que en casa; podéis ayudar a los criados y os divertiréis con ellos.

Si el servicio nos roba o nos engaña, ya nos lo diréis, pues nosotros os queremos mucho.

¡No hay porqué llorar, mujer! No está bien a vuestra edad. Es muy ridículo, eso de llorar. ¿Ahora adoptáis aires de criatura para con movernos? Os digo que es inútil, porque ya sabéis lo que os queremos.

No nos gustan las cosas que hacéis.

Ya os lo dijimos: nadie ha de saber que sóis mi madre. Y no contenta con desobedecernos, insultáis a nuestros hijos, que no son de vuestro rango.

Les decís: ¡Oh, la mala y la fea, que le pega a su abuela!

Habéis de saber que Lilí no es tan mala ni tan fea como vos. ¡Mala, una criatura de cuatro años! Pero no sóis vos quien ha de predicar moral a nuestros hijos.

¡Decís que os ha pegado!... ¿Qué daño le habrán hecho a vuestra piel de cuero las manos de rosa de un angelito?

Vamos, mujer, no vengáis con sollozos y pamplinas. Ya véis que yo no me enfado. Os hablo tranquilamente; pero empieza a ser pesado eso de que lloréis por naderías.

Es la segunda vez que lloráis así. Ya me iré acostumbrando. No serán vuestros lloros un obstáculo para que os diga lo que he deciros. Me hago muy bien cargo del carácter de vuestra raza y de la baja de vuestro origen. Bien véis que hay un